

tenía á ella asida de las suyas, mirándola ni más ni ménos con no menor ahinco, y con no más pocas lágrimas.

Estando en esto entró el corregidor, y hallando á su mujer y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso así de su llanto como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento, y la respuesta que dió Preciosa fué soltar las manos de la corregidora, y asirse de los piés del corregidor, diciéndole:

—¡Señor, misericordia, misericordia! Si mi esposo muere, yo soy muerta: él no tiene culpa, pero si la tiene, déseme á mí la pena; y si esto no puede ser, á lo ménos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su libertad; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspension quedó el corregidor de oír las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspension é imaginacion, dijo:

—Espérenme vuestras mercedes, señores míos, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque á mí me cueste la vida.

Y así, con ligero paso se salió de donde estaba, dejando á los presentes confusos con lo que dicho habia. En tanto, pues, que ella volvía, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo, y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo:

—Si las buenas nuevas que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdón de un gran pecado mío, aquí estoy para recibir el castigo que quisiéredes darme; pero antes que lo confiese, quiero que me digais, señores, primero, si conoceis estas joyas.

Y descubriendo un cofrecito donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor, y en abriéndole vió aquellos dijes pueriles; pero no cayó en lo que podian significar: mirólos también la corregidora, pero tampoco dió en la cuenta; sólo dijo:

—Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

—Así es la verdad,—dijo la gitana,—y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.

Abrióle con priesa el corregidor, y leyó que decia: *Llamábase la niña doña Costanza de Acevedo y de Meneses, su madre doña Guiomar de Meneses, y su padre don Fernando de Acevedo, caballero del hábito de Calatrava: desapareció el día de la Ascension del Señor, á las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco: traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.*

Apénas hubo oído la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos, se los puso á la boca y dándole infinitos besos, se cayó desmayada; acudió el corregidor á ella antes que á preguntar á la gitana por su hija, y habiendo vuelto en sí, dijo:

—Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿adónde está el dueño, digo, la criatura cuyos eran estos dijes?

—¿Adónde, señora?—respondió la gitana.—En vuestra casa la teneis, aquella gitana que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño, y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el día y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines, y desalada y corriendo salió á la sala, adonde habia dejado á Preciosa, y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando; arremetió á ella, y sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho, y miró si tenia debajo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que habia nacido, y hallóle ya grande, que con el tiempo se habia dilatado: luego, con la misma celeridad, la descalzó, y descubrió un pié de nieve y de marfil hecho á torno, y vió en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pié derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual cuando niña nunca se la habian querido cortar por no darle pe-

sadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesion de la gitana, y el sobresalto y alegría que habian recibido sus padres cuando la vieron, con toda la verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija; y así cogiéndola en sus brazos se volvió con ella adonde el corregidor y la gitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabía á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y más viéndose llevar en brazos de la corregidora, y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó en fin con la preciosa carga doña Guiomar á la presencia de su marido, y trasladándola de sus brazos á los del corregidor, le dijo:

—Recebid, señor, á vuestra hija Costanza, que ésta es sin duda; no lo dudeis, señor, en ningun modo, que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto; y más que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron.

—No lo dudo,—respondió el corregidor teniendo en sus brazos á Preciosa,—que los mismos efectos han pasado por la mia que por la vuestra; y más que tantas particularidades juntas ¿cómo podian suceder si no fuera por milagro?

Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos á otros qué sería aquello, y todos daban bien léjos del blanco; que ¿quién habia de imaginar que la Gitanilla era hija de sus señores? El corregidor dijo á su mujer, y á su hija, y á la gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese: y asimismo dijo á la vieja que él le perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias merecia; y que sólo le pesaba que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano, y más con un ladrón y homicida.

—¡Ay!—dijo á esto Preciosa,—señor mio, que ni es gitano ni ladrón, puesto que es matador; pero fué del que le quitó la honra, y no pudo hacer ménos de mostrar quién era, y matarle.

—¿Cómo? ¿que no es gitano, hija mia?—dijo doña Guiomar.

Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andres Caballero, y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan de Cárcamo, asi-

mismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenía cuando los mudó en los de gitano. Contó tambien el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobacion para desposarse ó no: puso en su punto la honestidad de entrambos, y la agradable condicion de don Juan.

Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija, y mandó el corregidor á la gitana que fuese por los vestidos de don Juan: ella lo hizo así, y volvió con otro gitano que los trujo. En tanto que ella iba y volvía, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á que respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocida por hija, los enamorára: preguntáronla si tenía alguna aficion á don Juan: respondió que no más de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser gitano por ella; pero que ya no se extenderia á más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

—Calla, hija Preciosa, dijo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo de ponerte en estado que no desdiga de quien eres.

Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre, como era discreta, entendió que suspiraba de enamorada de don Juan, y dijo á su marido:

—Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal dársela por esposa.

Y él respondió:

—Aun apenas hoy la habemos hallado, ¿y ya quereis que la perdamos? Gocémosla algun tiempo, que en casándola no será nuestra, sino de su marido.

—Razon teneis, señor,—respondió ella;—pero dad orden de sacar á don Juan, que debe de estar en algun calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, las humedades y sabandijas inmundas, que inquietan á las pobres pacientes, que están esperando salga el día para gozarle, y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen.

—Si estará,—dijo Preciosa,—que á un ladron matador, y sobre todo gitano, no le habrán dado mejor estancia.

—Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion,—respondió el corregidor,—y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.

Y abrazando á Preciosa, fué luégo á la cárcel, y entró en el calabozo donde don Juan estaba, y no quiso que nadie entrase con él; hallóle con entrambos piés en un cepo, y con las esposas á las manos, y que aún no le habian quitado el piedeamigo; era la estancia oscura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y así como le vió, le dijo:

—¿Cómo está la buena pieza? que así tuviera yo atraillados cuantos gitanos hay en España para acabar con ellos en un dia, como Neron quisiera en otro con Roma, sin dar mas de un golpe: sabed, ladron puntoso, que yo soy el corregidor desta ciudad, y vengo á saber de mí á vos si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros.

Oyendo esto Andres imaginó que el corregidor se debia haber enamorado de Preciosa, que los celos son de cuerpos sutiles y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero con todo esto respondió:

—Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad; y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad, porque no es posible que Preciosa diga mentira.

—¿Tan verdadera es?—respondió el corregidor.—No es poco serlo para ser gitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano; ha sabido que segun es vuestra culpa habeis de morir por ella, y hame pedido que ántes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladron como vos.

—Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo supplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida, como parta desta con nombre de ser suyo.

—Mucho la debeis de querer,—dijo el corregidor.

—Tanto,—respondió el preso,—que á poderlo decir no fuera na-

da: en efecto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso quitar la honra: yo adoro á esa gitana, moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

—Pues esta noche enviaré por vos,—dijo el corregidor,—y en mi casa os desposaréis con Preciosica, y mañana á medio dia estaréis en la horca, con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradecióselo Andres, y el corregidor volvió á su casa y dió cuenta á su mujer de lo que con don Juan habia pasado, y de otras cosas que pensaba hacer.

En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de cómo siempre habia creído ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba.

Preguntóle su madre que le dijese la verdad, si queria bien á don Juan de Cárcamo. Ella con vergüenza y con los ojos en el suelo le dijo que por haberse considerado gitana, y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo, y por haber visto por experiencia su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionadas; pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegóse la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andres de la cárcel sin las esposas y el piedeamigo, pero no sin una gran cadena que desde los piés todo el cuerpo le ceñía. Llegó deste modo sin ser visto de nadie sino de los que le traian en casa del corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento donde le dejaron solo: de allí á un rato entró un clérigo, y le dijo que se confesase, porque habia de morir otro dia. A lo cual respondió Andres:

—De muy buena gana me confesaré; pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo que me espera.

Doña Guiomar, que todo esto sabia, dijo á su marido que eran de-